

Competencia y amistad: “El juguetero sin rumbo”

Ana Paula Kuroda²

Juan era un hombre viajero, no por elección. Desde que Juan tiene memoria su vida ha sido de pueblo en pueblo, de viaje en viaje, sin destino. A pesar de que Juan no se acordaba mucho de su pueblo de origen, sí podía recordar cómo no tenía nada en común con nadie de allí. Siempre sintió que no encajaba ni siquiera con su familia. Juan venía de un pueblo minero, cosa que él odiaba. Juan encontraba placer en la construcción de objetos, en la carpintería, especialmente en la construcción de muñecos de juguete. Sin embargo, nadie en su pueblo parecía pensar que lo que él aportaba era útil. Por eso y por muchas cosas más, Juan decidió partir en búsqueda de un lugar donde pudiera incorporarse, ser feliz y aportar al bienestar de los demás. Tristemente, Juan llevaba años y años en la búsqueda de este lugar, no podía recordar cuánto tiempo había viajado y cada vez se acordaba menos de su pueblo.

Todo cambió un día de otoño, empezó como un día típico para Juan, se despertó y comenzó a caminar hasta que encontró una amplia roca donde descansar. Se sentó, sacó sus herramientas y se puso a construir algunos juguetes. Fue entonces que de pronto, un par de niños se le acercaron, asombrados y emocionados ante lo que Juan estaba construyendo. Feliz, Juan les enseñó sus muñecos de madera y le regaló un muñeco a cada uno de los niños. Por su parte, los niños que

estaban recolectando fruta, le dieron a Juan manzanas a modo de agradecimiento. Contentos los niños, invitaron a Juan a acompañarlos en el camino de regreso a su pueblo, invitándole a enseñar a sus amigos los juguetes que construía.

Llegaron al pueblo, que era muy pequeño. Eran alrededor de 20 casas y almacenes. Había tiendas de queso, de pescado, de muebles, pero no había ninguna de juguetes. Una vez allí, uno de los niños gritó:

¡Vengan, vengan! encontramos a un señor mágico.

Juan se rio, se sintió halagado, pero sabía que no era mágico, se sentó en el suelo y comenzó a construir muñecos de madera. De pronto un montón de niños lo rodearon y asombrados lo observaron crear. Los niños fueron por sus padres y ahora todo el pueblo admiraba a Juan, nadie nunca había visto juguetes en su vida. Juan comenzó a regalar los muñecos a los niños y en agradecimiento los padres le dieron diferentes objetos, alimentos y cosas como agradecimiento. Todos estaban tan contentos que le dieron a Juan un recorrido por el pueblo, y le dijeron que se podía quedar, que había una casa sin habitar. Sin pensarlo dos veces, Juan aceptó, sentía que por primera vez en su vida pertenecía a un lugar.

¹ Econocuento es un certamen literario creado por el Dr. Alejandro Flores Becerril en 2011, donde se promueve la participación de alumnos de economía en la escritura de cuentos que basen su historia en conceptos y teoría del campo de la ciencia económica. Competencia y amistad: “El juguetero sin rumbo” de Ana Paula Kuroda, alumna de economía del Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey obtuvo el primer lugar en el concurso de 2023.

Por varias semanas, todo parecía un sueño, Juan nunca había estado tan feliz. Podía hacer lo que más amaba y a la gente le gustaba. Sus muñecos tenían gran valor, nadie más los hacía y nadie nunca los había visto. Todos los días Juan ponía una silla fuera de su casa y comenzaba a construir, algunos niños iban y simplemente se quedaban a admirar el proceso. Además, descubrió que podía cambiar sus juguetes por otros bienes, comida y todo lo necesario para sobrevivir. Pero las cosas estaban a punto de cambiar. Un día Juan notó que menos niños lo fueron a ver hacer los juguetes y se dio cuenta que había un círculo de niños en la casa de al lado. Juan se paró y caminando fue a ver lo que sucedía. Llegando a la casa notó, que Benito, su vecino, había comenzado también a construir juguetes. Benito, se inspiró y viendo a Juan quiso intentar también, descubrió una pasión que no sabía qué tenía. Benito construía carros, aviones y otros accesorios para los muñecos que hacía Juan.

Juan no lo podía creer, sintió muchas cosas, pero ninguna de ellas fue alegría. Sentía celos, sentía enojo, sentía que lo habían copiado. Por el otro lado, los niños estaban muy contentos, pasaron de nunca haber visto juguetes en su vida, a tener muñecos, a tener muñecos con carros y aviones. Juan por su parte, no pudo ver la felicidad de los niños, su enojo nubló su vista. Él no notó como todos estaban agradecidos por lo que hacía y como ahora podían tener otros accesorios para jugar.

Juan pasó 3 días amargado y celoso, además de que ya no era el centro de atención para los niños, comenzó a notar que, en esos 3 días, lo que recibía de agradecimiento era menos. Los primeros

días Juan recibía muchísima comida a cambio de los juguetes, más comida de lo que podría comerse en una semana. Las personas del pueblo veían tan valiosos los muñecos que Juan hacía, ya que nunca habían visto eso en su vida, que le daban de todo, en su primera semana incluso le trajeron gallinas y vacas a cambio de un muñeco. Pero, como los días pasaron y ya no era tan sorprendente, Juan recibía menos cosas. Y cuando Benito comenzó a construir sus propios juguetes, Juan comenzó a recibir todavía menos cosas.

En el 4to día en que Benito construía juguetes, Juan dejó de construir muñecos, ya no tenía tiempo, ya que ahora sólo se concentraba en ver por la ventana la comida y cosas que le traían a Benito. Juan sólo tenía tiempo para estar celoso ahora. Esa noche decidió que ya no iba a soportar más. Juan esperó a que Benito se fuera a dormir y entonces silenciosamente fue a su casa a robar sus herramientas. Juan pensó que, sin Benito, sus juguetes volverían a ser más valiosos.

La mañana siguiente, Benito despertó y cuando estaba listo para comenzar con el día, no encontró sus herramientas por ninguna parte. Momentos después llegaron algunos niños afuera de la casa de Benito y en su ausencia caminaron a casa de Juan. Juan viendo todo por la ventana se alegró y corrió a construir. Pero algo no se sentía bien, a pesar de pasar todo el día haciendo algo que amaba, no se sentía tan feliz. Por la noche, Benito y su esposa llegaron a casa de Juan con cena, le preguntaron si podían pasar. Extrañado, Juan los dejó pasar y comenzaron a cenar. Benito entonces contó a Juan lo siguiente:

¡Qué gusto que por fin estamos cenando juntos! Queríamos traerte cena desde que

llegaste para platicar y agradecerte, pero mi esposa y yo no habíamos tenido los ingredientes listos.

¿Agradecerme, agradecerme por qué? Preguntó Juan extrañado.

La esposa de Benito le explicó a Juan que estaban muy agradecidos por traer tanta felicidad a sus hijos y a otros niños del pueblo. Por su parte, Benito le contó a Juan que también le quería agradecer personalmente, por inspirarlo. Benito le explicó a Juan que nunca había encontrado una pasión y cómo, ver a Juan, creó una chispa de creatividad en él. Benito y su esposa le platicaron que desafortunadamente, había perdido sus herramientas y que ya no podría construir. Juan sintió culpa y tristeza, no pudo dejar de pensar en que él era el que debía de estar realmente agradecido, ya que en el pueblo encontró la familia y comunidad que tanto deseaba. Fue entonces que Juan decidió contarles la verdad y sacó las herramientas de Benito. Benito escuchó con atención la historia y le dijo que sólo podría perdonarlo con una condición: que no dejará de construir. Juan prometió continuar con su trabajo y su pasión y contento y feliz esa noche se dio cuenta que su vecino no era su competencia, sino un amigo.

Luego de despedir a Benito y a su esposa, Juan se quedó viendo a la ventana y reflexionó. En esa reflexión se dio cuenta de las siguientes cosas: Primero, su enojo impidió que viera la felicidad de los niños. Segundo, dentro de su envidia, no pudo ver cómo sus muñecos, representaban mucho más para personas como Benito, ya que inspiraron la creación de nuevos juguetes, una chispa de creatividad e innovación dentro del pueblo. Y tercero, si bien, sus juguetes ya no serían tan valiosos como lo fueron la primera vez, Juan no necesitaba más vacas, más gallinas o más comida de la que pudiera comer. Juan tenía lo que siempre había querido: pertenecer.

Los niños seguían visitando a Juan y Juan seguía creando nuevas cosas. La demanda de juguetes había aumentado tanto que ya no eran suficientes los que Juan y Benito construían. Nuevos carpinteros surgieron y nuevos juguetes con ellos también, cada vez la oferta aumentó más y se mantuvo a todos los niños felices y jugando. Juan envejeció en el pueblo, por siempre recordado como “El creador de los juguetes” y admirado por muchos. Fue entonces que el juguetero sin rumbo encontró uno.

²Alumno de la licenciatura en economía del Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey.